

1º, septiembre, 1982

Lo Prometido es Deuda... Externa

POR LORENZO MEYER

EL nuevo régimen, ése que se fue formando penosamente después de reducir a cenizas el antiguo orden político porfirista, tuvo como base original de su legitimidad el lema que sirvió a Madero para llamar a sus compatriotas a la rebelión contra el tirano: "Sufragio efectivo, no reelección".

Con el paso del tiempo, y no sin grandes luchas internas, el nuevo grupo gobernante añadió otros elementos a su sencillo programa original. Los revolucionarios se comprometieron a partir de 1917 a introducir reformas sustantivas en el sistema de tenencia de la tierra, a proteger los justos derechos del trabajador frente al capital y a sostener una posición nacionalista frente a la apabullante presencia del capital extranjero.

Reforma agraria, derechos obreros y nacionalismo no eran en realidad fines en sí mismos, sino medios para lograr la construcción de una sociedad más justa, más solidaria, en donde los extremos entre riqueza y pobreza se diluyeran. Sólo atacando la brutal desigualdad en que vivían los mexicanos, era posible pensar en la formación de una verdadera nacionalidad, capaz de cruzar con buen éxito el difícil camino de la modernización.

★

EN realidad, la ansiada democracia —así fuera sólo en su versión liberal— únicamente podría florecer en el suelo social donde la nota dominante no fueran los extremos de 1910, o sea el gran hacendado, educado en Europa y consumidor de la "alta cultura", y el indígena aferrado a su comunidad centenaria y obligado a trabajar como jornalero en la gran propiedad porque ésta le había arrebatado la tierra que antes era suya. Sin embargo, la promesa se cumplió apenas a medias. La democracia política, cuya esencia es la posibilidad de elegir libremente entre dos o más programas y grupos políticos que representen alternativas reales, simplemente no se dio.

Los revolucionarios y sus herederos no permitieron la gestación de una verdadera alternativa al partido oficial. Cuando ésta pudo surgir, se la ahogó por la fuerza. Recuérdese, por ejemplo, la triste historia del vasconcelismo. La reforma agraria y la ley federal del

trabajo se convirtieron en realidad, pero en un entorno político que impidió que se transformaran en instrumentos disolventes de la desigualdad que se suponía debían ser. A partir del gobierno de Miguel Alemán, nuestra élite política alzó la divisa de: "Primero crear para después redistribuir".

★

EL cumplimiento de la promesa, pues, se pospuso; nunca se especificó cuándo llegaría el momento de repartir mejor lo logrado por todos.

A partir de la II Guerra, el gobierno mexicano volvió a tener acceso a los préstamos externos. Primero con cierta timidez y luego con un apetito desbocado. Se recurrió al endeudamiento para, sin redistribuir ni quitar mucho a los que mucho tenían —era necesario que los empresarios tuvieran "estímulos"—, lograr un crecimiento económico casi sin paralelo en América Latina.

Así pues, quienes dirigieron nuestros destinos desde los años cuarenta pudieron justificar con las altas tasas de crecimiento del Producto Interno Bruto la ausencia de una verdadera democracia política en México, lo mismo que la existencia de una distribución del ingreso familiar tan inequitativa que según las cifras publicadas por el Cenet en 1975, el 50% de las familias más pobres disponían del 13.5% de ese ingreso, en tanto que el 5% superior disfrutaba poco más del 30%.

La crisis económica actual ya se perfilaba desde los años sesenta, pero en gran medida el incremento de la deuda externa pospuso el momento de la verdad. La llamada "clase política", confiada en el petróleo, siguió viviendo lo que para ella resultaba ser casi un "derecho natural" a mandar.

Lo que el gobierno mexicano debía en 1971 a instituciones extranjeras era apenas 4,219 millones de dólares, pero al final de 1982 se calcula que ese renglón llegará a cerca de los 80 mil millones de dólares. ¡En poco más de un decenio casi se multiplicó por veinte! De pronto la bonanza petrolera desapareció y la burbuja de la irrealidad se rompió. Lo que se prometió resultó ser, desgraciadamente, sólo deuda. Tendremos que seguir pidiendo perdón a los pobres... y a los que se van a empobrecer.